

cias é intereses del convento, como si no tuviera que hacer otra cosa. Amaba á sus súbditos con entrañas de padre; y si tal vez la fragilidad de alguno requería sus reprensiones, las bacia con tanto cariño y dulzura, que se echaba bien de ver la ardentísima caridad de donde nacían. Sabía que la principal cualidad de un prelado para mantener la observancia y hacer á los súbditos virtuosos es la del ejemplo. El asistía el primero á todos los ejercicios penosos, sin que hubiese ocupacion tan precisa que fuese bastante para dispensarle de la asistencia. Este rigor le llevaba hasta tal extremo, que estando enfermo gravemente, ni su dolencia, ni las súplicas de sus súbditos, ni el precepto de los médicos pudieron recabar con él que dejase de asistir á maitines á media noche, sino cuando actualmente se lo estorbaba la calentura. A proporcion de este zelo eran todas las demás virtudes que constityen un gran prelado y un perfecto religioso. Su fe, aquella virtud que es la primera en el orden entre las teologales, era tan viva, que por ella le dió Dios á conocer en esta vida los más sublimes misterios con una claridad semejante á la que gozan los bienaventurados en la patria. De aquí nacía aquella seguridad y firmeza con que solía decir, que en defensa de la fe vertería gustoso toda su sangre, y padecería de buena gana todos los tormentos que padecieron y padecerán los mártires desde el principio hasta el fin del mundo. De la viveza de su fe nacía una esperanza tan firme, que jamás se le ofreció duda en que había de gozar de las divinas promesas. Así, sus pensamientos más frecuentes eran de la gloria, de los bienaventurados, y causaban en él tales efectos, que á poco que se hablase de esta materia, inmediatamente se trasportaba. Por lo mismo repetía frecuentemente á los religiosos palabras de confianza, diciéndoles con extraordinario júbilo y fervor: Buen ánimo, hermanos, y trabajar sin intermision, que nos hemos de ver con Dios en su gloria. La misma esperanza que le certificaba de esta manera de la futura posesion de las delicias celestiales, causaba en él una confianza extraordinaria de que jamás le podían faltar las cosas terrenas. Esto se vió con más claridad cuando siendo prelado llegó su convento á una extrema necesidad del alimento necesario para la manutencion de sus súbditos. Su principal cuidado en estas ocasiones era multiplicar la oracion y las penitencias, sabiendo que buscando primeramente el reino de Dios, todas las cosas temporales estaban al cuidado de su divina Providencia. Solía decir á este propósito estas notables palabras: Como nosotros sirvamos á Dios de veras, nos enviará su Majestad el sustento por encima de las tapias. Jamás se vió engañada en esta materia su esperan-

za, aun cuando todas las razones de la prudencia humana persuadian lo contrario. Siendo ministro de Valladolid emprendió la costosa obra de alargar la iglesia, no teniendo á la sazón el convento ni más caudal que doce reales, ni rentas suficientes para el preciso sustento de los religiosos. Sin embargo, principió y concluyó la obra con la mayor perfeccion; y sucediendo un día hallarse sin dinero para pagar los oficiales, se fué á él el portero, á cuyo cargo estaba la paga, á darle esta noticia muy triste y desconsolado; pero el Santo, que confiaba más en Dios que en todos los medios humanos, respondió con una apacible serenidad: A cargo de Dios está, él proveerá, y los oficiales no se irán sin dinero. Verificóse así; pues llegando á la portería un anciano venerable, de quien no se pudo saber jamás el nombre, entregó al portero una gran cantidad de dinero con que se socorrió aquella urgencia, y quedaron provistos para muchos días.

Su fe viva y su firme esperanza se coronaban con la reina de las virtudes, que es la caridad. Esta sublime virtud, que reúne en sí todo el cumplimiento de la ley, fué el carácter distintivo del bienaventurado Fr. Miguel de los Santos. Abrasábase en ella con tan vehementes incendios, que más parecía un verdadero serafín, que un puro hombre. La caridad causaba en él aquellos éstasis y raptos que le enajenaban de sus sentidos, y parecían convertirle en ciudadano del cielo. La caridad le ataba de modo al coro, á la iglesia, y á los divinos oficios, que parecía dejarse allí el alma cuando sus obligaciones precisas le forzaban á separarse. La misma virtud le traía exhalado por los hospitales y las cárceles, buscando á los miserables necesitados para ayudarlos, consolarlos y socorrerlos. No se limitaba su caridad á los socorros temporales, sino que principalmente se dirigía á los del espíritu. Luego que tenía noticia de que alguna persona vivía relajadamente, ó que por cualquiera otra causa necesitaba de auxilios espirituales, se hacía en contradicho con ella, y con un santo artificio se los suministraba de manera que lograba ganarla para Dios. Su caridad, finalmente, era tan vehemente y tan activa, que aun al mismo cuerpo material comunicaba sus ardores en tanto grado, que aun en los tiempos más rigurosos del invierno deseaba refrigerarse echándose en un estanque helado. Según la deposicion de Marcos Gonzalez, criado del colegio de Baeza, consta que llegando alguna vez á hablar al bendito padre en lo más crudo del invierno, salía de su cuerpo un calor tan activo, que no le podía sufrir sino á determinada distancia; ¿pero qué mucho que percibiese estos asombrosos efectos de la cari-

dad en que su alma se abrasaba, un cuerpo que tambien la servia en todos los dolorosos sacrificios de penitencia que hacia con él por amor de su Señor Jesucristo? Ya queda dicho á cuanto rigor llegaba la mortificacion de este siervo de Dios desde su tierna edad hasta los años propectos de su vida; pero cuando llegaron estos, causa admiracion y aun horror el considerar las estrañas penitencias y asperezas rigurosas con que mortificaba su cuerpo para sujetarle al espiritu. Sus ayunos eran tan estremados, que no se contentaba con abstenerse de toda vianda, usando solamente de pan y agua, yerbas ó frutas, sino que á las veces se pasaba los dos, los cuatro y los ocho dias sin mas alimento que el espiritual de la Eucaristía, con que se sustentaba su alma, confortando al mismo tiempo su cuerpo. Sus vigiliass eran continuas; y en hora y media que destinaba al sueño era mas el tormento que daba á sus mortificados miembros, que el descanso que recibia. Su cama era el duro suelo, ó una tabla desnuda, sin mas cabecera que un pedazo de leño. Casi todos los dias se daba cruelissimas disciplinas, en que dejaba su cuerpo llagado, y el suelo con charcos de sangre. Además de esto traia una mortificacion continua sobre sí; apenas habia miembro en su cuerpo que no tuviese su particular tormento; los pies los traia descalzos aun en lo mas crudo del invierno; sus piernas, muslos y brazos estaban fajados con unas fajas de cadenilla de alambre con puntas de hierro que se introducian en la carne. Ceniase el cuerpo con una cadena de hierro que le daba tres ó cuatro vueltas. Sobre los hombros traia unas chapas con puntas aceradas; y de la misma manera estaba guarnecida una cruz con ciento y cincuenta puas, que traia clavada en las espaldas. Un conjunto de penitencias tan asombroso llegó á lacerar su cuerpo de manera, que todo él era una llaga; y como el Santo no hacia medicina alguna, sino que continuaba su penitencia, llegaron á podrirsele las llagas de manera que causaban un intolerable hedor. Ya por esto, y ya por compasion, dieron los religiosos cuenta al prelado, el cual, desatendiendo las repetidas súplicas del bendito padre en defensa de sus penitencias, se las mandó suspender, y ponerse en manos de un cirujano para el restablecimiento de su salud. Pero ¡ó prodigios de la divina misericordia! lo que no pudieron recabar con el prelado sus súplicas, lo consiguieron con Dios sus oraciones. Pidió el santo Miguel á su Señor Jesucristo no permitiese de ninguna manera que fuese quitada de sus espaldas aquella cruz y penitencia, con que de alguna manera imitaba la que su Majestad habia llevado por los pecados del mundo. Esta oracion fué tan vigorosa y eficaz, que en el mismo instante en que

el cirujano fué á descubrirle las espaldas, quedaron estas tan sanas como si no hubieran tenido herida alguna, y convertido el hedor en una fragancia superior á la de los mas olorosos aromas.

Al tenor de esta heroicidad en las virtudes referidas, fué el grado en que obtuvo todas las demás que concurren á formar un justo, prevenido de Dios con sus bendiciones desde su infancia; un varon córtado á medida del corazon de Dios; un santo, en fin, perfecto, que poseyó en grado heróico todas las virtudes. Su humildad era profunda, su caridad ardentissima, viva su fe, firme su esperanza, invencible su fortaleza; resignada su obediencia, su castidad angélica, su pobreza suma, su penitencia admirable, altissima su contemplacion, y superior á todo humano discurso el cúmulo de sus virtudes. Premiólas Dios aun en esta vida, adornándole con todos sus dones. Tuvo el de profecia, con el cual predijo muchas cosas antes que sucediesen; el de discrecion de espíritus, y el singularissimo de mover con su intercesion la omnipotencia de Dios á esplicarse con mil efectos milagrosos para beneficio de sus prójimos. Pero el mas particular entre todos fué aquel don de caridad ardentissima con que amaba tanto á Dios, que salia de sí mismo, arrebatándose en unos éstasis tan fervorosos, que uno de ellos le debilitó de manera que fué el principio de la enfermedad con que se acabó su dichosa vida. Predicaba un dia en Valladolid, y llegó á enfervorizarse de manera, que se arrebató en un éstasis maravilloso. Este fué tal, que pudo decir con la Esposa, que habia enfermado de amor, pues corrió por sus venas un ardor tan encendido, que desde el púlpito le llevaron á la celda enfermo, y no volvió á salir de ella sino muerto. En el discurso de su enfermedad hizo un compendio de todas las virtudes de su vida, de manera que no parecia sino que en aquel breve tiempo queria recopilar cuanta devocion, cuanta virtud y cuanto ejercicio de piedad puede practicarse en muchos siglos. Sufrió la enfermedad con una invicta paciencia, que daba que admirar á todos cuantos le visitaban. Padezia una sed ardentissima, y que segun su espresion solo podia tolerarse por Jesucristo, y con todo eso jamás se le oyó pedir una gota de agua, ni una queja de sus dolores, ni un suspiro, ni pedir el menor alivio al enfermero. Solicitó saber un religioso muy espiritual y grande amigo suyo qué era lo que pedia á Dios en aquellas circunstancias; y el beato Miguel, vencido de sus importunaciones, le respondió de esta manera: Solas dos cosas son las que deseo y pido á mi Dios: la una, que me dé á sentir todos los dolores y tormentos que los mártires y todas las criaturas han padecido por su Majestad, y padecerán hasta

el fin del mundo; y la otra, que me comunique todo el amor con que le han amado y aman todas las criaturas del cielo y de la tierra, para amarle con todo él, y tanto como le aman todas juntas. Esta respuesta manifiesta bien el sublimé grado de amor á que habia subido este Santo, puesto que en nada se manifiesta mas que en los tormentos que se desean padecer por el amado. Agravóse la enfermedad, y se determinó darle el sagrado Viático. Al entrar el sacerdote con el adorable Sacramento en sus manos, quiso arrojarse en el suelo para recibirle de rodillas, pero le detuvieron los religiosos. Pidióles á estos perdon con muchas veras; encargóles la union y caridad fraternal; y últimamente, les mandó con toda la autoridad de prelado, que luego que muriese enterrasen su cadáver sin tocar las campanas, ni publicar su muerte, ni abrir las puertas del convento hasta despues de haberle dado sepultura; razones que bañaron en lágrimas á todos los circunstantes. Visitábanle en esta última enfermedad las personas mas nobles y devotas que habia en Valladolid, á quienes exhortaba al desprecio del mundo, y á cuidar de disponer sus almas para una preciosa muerte. En la noche del miércoles 9 de abril llegó á dar muestras la enfermedad de que le restaban pocos instantes de vida. Administrósele la Estremacion, la cual recibió con tanta devocion, y con gozos tan soberanos, que le vieron sonreirse muchas veces. A eso de la media noche, estando cercado de religiosos, que alternaban los suspiros con los salmos que rezaban, compuso el siervo de Dios su cuerpo con la mayor decencia; y fijando sus ojos en un Crucifijo, entregó su espíritu dichoso al Señor, arrebatado de las ternuras y afectos que le decia. Su gloriosa muerte sucedió entrado ya el jueves, dia 10 de abril del año de 1625, y á los treinta y tres y medio de su edad.

Su muerte conmovió á toda la ciudad de Valladolid, sin que quedase gente de ningun estado ó calidad que no acudiese á venerar el santo cuerpo. Grandes, títulos, caballeros, oidores, nobles, plebeyos, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, todos se disputaban la dicha de besarle las manos ó los pies, aclamándole santo. Confirmó Dios esta voz verdadera del pueblo, obrando entonces y despues muchos milagros en testimonio de la santidad de su siervo, cómo los habia obrado en vida. Hizose despues el proceso, segun la forma acostumbrada, para probar sus virtudes en grado heróico, y para la calificacion de sus milagros; y habiendo sido hallado todo ello á la satisfaccion de nuestro santísimo padre Pio VI, y de las congregaciones para este efecto determinadas, se celebró su beatificacion el dia 2 de

mayo de 1779 para honor de toda nuestra España, y para consuelo y gloria de toda la santa Iglesia, señalando para su fiesta el día 5 de julio.

EL BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, CONFESOR.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Hungría y a Bohemia, una reina á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo XIV por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria consagró para siempre la santa Iglesia.

Nació el día 20 de julio de 1369 en Ligny, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesis de Toul. Fué Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo, conde de Ligny, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de S. Paul; pero su madre le amó con tan particular ternura, que ella misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar ella sola de su educacion si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble indole y su despejado entendimiento los ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la iglesia, su tierna devocion con la santísima Virgen, y su caridad con los pobres, le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que no podia subir mas de punto esta última virtud. Siendo de solos siete ú ocho años, era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta mientras estaban comiendo, con quien no repartiese lo que le servian en su plato. Valiase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el conde su padre de estos piadosos hurtillos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fué testigo el mismo conde.



B. PEDRO
DE LUXEMBURGO, C.